LIBRO dot.com

CUENTOS ELEGIDOS I

JAMES JOYCE



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

DESPUÉS DE LA CARRERA

JAMES JOYCE

Los carros venían volando hacia Dublín, deslizándose como balines por la curva del camino de Naas. En lo alto de la loma, en Inchicore, los espectadores se aglomeraban para presenciar la carrera de vuelta, y por entre este canal de pobreza y de inercia, el Continente hacía desfilar su riqueza y su industria acelerada. De vez en cuando los racimos de personas lanzaban al aire unos vítores de esclavos agradecidos. No obstante, simpatizaban más con los carros azules -los carros de sus amigos los franceses.

Los franceses, además, eran los supuestos ganadores. El equipo francés llegó entero a los finales en los segundos y terceros puestos, y el chofer del carro ganador alemán se decía que era belga. Cada carro azul, por tanto, recibía doble dosis de vítores al alcanzar la cima, y las bienvenidas fueron acogidas con sonrisas y venias por sus tripulantes. En uno de aquellos autos de construcción compacta venía un grupo de cuatro jóvenes, cuya animación parecía por momentos sobrepasar con mucho los límites del galicismo triunfante: es más, dichos jóvenes se veían alborotados. Eran Charles Ségouin, dueño del carro; André Riviére, joven electricista nacido en Canadá; un húngaro grande llamado Villona y un joven muy bien cuidado que se llamaba Doyle. Ségouin estaba de buen humor porque inesperadamente había recibido algunas órdenes por adelantado (estaba a punto de establecerse en el negocio de automóviles en París) y Riviére estaba de buen humor porque había sido nombrado gerente de dicho establecimiento; estos dos jóvenes (que eran primos) también estaban de buen humor por el éxito de los carros franceses. Villona estaba de buen humor porque había comido un almuerzo muy bueno; y, además, porque era optimista por naturaleza. El cuarto miembro del grupo, sin embargo, estaba demasiado excitado para estar verdaderamente contento.

Tenía unos veintiséis años de edad, con un suave bigote castaño claro y ojos grises un tanto inocentes. Su padre, que comenzó en la vida como nacionalista avanzado, había modificado sus puntos de vista bien pronto. Había hecho su dinero como carnicero en Kingstown y al abrir carnicería en Dublín y en los suburbios logró multiplicar su fortuna varias veces. Tuvo, además, la buena fortuna de asegurar contratos con la policía y, al final, se había hecho tan rico como para ser aludido en la prensa de Dublín como príncipe de mercaderes. Envió a su hijo a educarse en un gran colegio católico de Inglaterra y después lo mandó a la universidad de Dublín a estudiar derecho. Jimmy no anduvo muy derecho como estudiante y durante cierto tiempo sacó malas notas. Tenía dinero y era popular; y dividía su tiempo, curiosamente, entre los círculos musicales y los automovilísticos. Luego, lo enviaron por un trimestre a Cambridge a que viera lo que es la vida. Su padre, amonestante

pero en secreto orgulloso de sus excesos, pagó sus cuentas y lo mandó llamar. Fue en Cambridge que conoció a Ségouin. No eran más que conocidos entonces, pero Jimmy halló sumo placer en la compañía de alguien que había visto tanto mundo y que tenía reputación de ser dueño de uno de los mayores hoteles de Francia. Valía la pena (como convino su padre) conocer a una persona así, aun si no fuera la compañía grata que era. Villona también era divertido -un pianista brillante-, pero, desgraciadamente, pobre.

El carro corría con su carga de jacarandosa juventud. Los dos primos iban en el asiento delantero; Jimmy y su amigo húngaro se sentaban detrás. Decididamente, Villona estaba en gran forma; por el camino mantuvo su tarareo de bajo profundo durante kilómetros. Los franceses soltaban carcajadas y palabras fáciles por encima del hombro y más de una vez Jimmy tuvo que estirarse hacia delante para coger una frase al vuelo. No le gustaba mucho, ya que tenía que acertar con lo que querían decir y dar su respuesta a gritos y contra la ventolera. Además que el tarareo de Villona los confundía a todos; y el ruido del carro también.

Recorrer rápido el espacio, alboroza; también la notoriedad; lo mismo la posesión de riquezas. He aquí tres buenas razones para la excitación de Jimmy. Ese día muchos de sus conocidos lo vieron en compañía de aquellos continentales. En el puesto de control, Ségouin lo presentó a uno de los competidores franceses y, en respuesta a su confuso murmullo de cumplido, la cara curtida del automovilista se abrió para revelar una fila de relucientes dientes blancos. Después de tamaño honor era grato regresar al mundo profano de los espectadores entre codazos y miradas significativas. Tocante al dinero: tenía de veras acceso a grandes sumas. Ségouin tal vez no pensaría que eran grandes sumas, pero Jimmy, quien a pesar de sus errores pasajeros era en su fuero interno heredero de sólidos instintos, sabía bien con cuánta dificultad se había amasado esa fortuna. Este conocimiento mantuvo antaño sus cuentas dentro de los límites de un derroche razonable, y si estuvo consciente del trabajo que hay detrás del dinero cuando se trataba nada más del engendro de una inteligencia superior, ¡cuánto no más ahora, que estaba a punto de poner en juego una mayor parte de su sustancia! Para él esto era cosa seria.

Claro que la inversión era buena y Ségouin se las arregló para dar la impresión de que era como favor de amigo que esa pizca de dinero irlandés se incluiría en el capital de la firma. Jimmy respetaba la viveza de su padre en asuntos de negocios y en este caso fue su padre quien primero sugirió la inversión; mucho dinero en el negocio de automóviles, a montones. Todavía más, Ségouin tenía una inconfundible aura de riqueza. Jimmy se dedicó a traducir en términos de horas de trabajo ese auto señorial en que iba sentado. ¡Con qué suavidad avanzaba! ¡Con qué estilo corrieron por caminos y carreteras! El viaje puso su dedo mágico sobre el genuino pulso de la vida y, esforzado, el mecanismo nervioso humano intentaba quedar a la altura de aquel veloz animal azul.

Librodot

Bajaron por la Calle Dame. La calle bullía con un tránsito desusado, resonante de bocinas de autos y de campanillazos de tranvías. Ségouin arrimó cerca del banco y Jimmy y su amigo descendieron. Un pequeño núcleo de personas se reunió para rendir homenaje al carro ronroneante. Los cuatro comerían juntos en el hotel de Ségouin esa noche y, mientras tanto, Jimmy y su amigo, que paraba en su casa, regresarían a vestirse. El auto dobló lentamente por la Calle Grafton mientras los dos jóvenes se desataban del nudo de espectadores. Caminaron rumbo al norte curiosamente decepcionados por el ejercicio, mientras que arriba la ciudad colgaba pálidos globos de luz en el halo de la noche estival.

En casa de Jimmy se declaró la comida ocasión solemne. Un cierto orgullo se mezcló a la agitación paterna y una decidida disposición, también, de tirar la casa por la ventana, pues los nombres de las grandes ciudades extranjeras tienen por lo menos esa virtud. Jimmy, él también, lucía muy bien una vez vestido, y al pararse en el corredor, dando aprobación final al lazo de su smoking, su padre debió de haberse sentido satisfecho, aun comercialmente hablando, por haber asegurado para su hijo cualidades que a menudo no se pueden adquirir. Su padre, por lo mismo, fue desusadamente cortés con Villona y en sus maneras expresaba verdadero respeto por los logros foráneos; pero la sutileza del anfitrión probablemente se malgastó en el húngaro, quien comenzaba a sentir unas grandes ganas de comer.

La comida fue excelente, exquisita. Ségouin, decidió Jimmy, tenía un gusto refinadísimo. El grupo se aumentó con un joven irlandés llamado Routh a quien Jimmy había visto con Ségouin en Cambridge. Los cinco cenaron en un cuarto coquetón iluminado por lámparas incandescentes. Hablaron con ligereza y sin ambages. Jimmy, con imaginación exaltada, concibió la ágil juventud de los franceses enlazada con elegancia al firme marco de modales del inglés. Grácil imagen ésta, pensó, y tan justa. Admiraba la destreza con que su anfitrión manejaba la conversación. Los cinco jóvenes tenían gustos diferentes y se les había soltado la lengua. Villona, con infinito respeto, comenzó a describirle al amablemente sorprendido inglesito las bellezas del madrigal inglés, deplorando la pérdida de los instrumentos antiguos. Riviére, no del todo sin ingenio, se tomó el trabajo de explicarle a Jimmy el porqué del triunfo de los mecánicos franceses. La resonante voz del húngaro estaba a punto de poner en ridículo los espurios laúdes de los pintores románticos, cuando Ségouin pastoreó al grupo hacia la política. He aquí un terreno que congeniaba con todos. Jimmy, bajo influencias generosas, sintió que el celo patriótico, ya bajo tierra, de su padre, le resucitaba dentro: por fin logró avivar al soporífero Routh. El cuarto se caldeó por partida doble y la tarea de Ségouin se hizo más ardua por momentos: hasta se corrió peligro de un pique personal. En una oportunidad, el anfitrión, alerta, levantó su copa para brindar por la Humanidad y cuando terminó el brindis abrió las ventanas significativamente.

Esa noche la ciudad se puso su máscara de gran capital. Los cinco jóvenes pasearon por Stephen's Green en una vaga nube de humos aromáticos. Hablaban alto y alegre, las capas colgándoles de los hombros. La gente se apartaba para dejarlos pasar. En la esquina de la Calle Grafton un hombre rechoncho embarcaba a dos mujeres en un auto manejado por otro gordo. El auto se alejó y el hombre rechoncho atisbó al grupo.

-André.

-¡Pero si es Farley!

Siguió un torrente de conversación. Farley era americano. Nadie sabía a ciencia cierta de qué hablaban. Villona y Riviére eran los más ruidosos, pero todos estaban excitados. Se montaron a un auto, apretándose unos contra otros en medio de grandes risas. Viajaban por entre la multitud, fundida ahora a colores suaves y a música de alegres campanitas de cristal. Cogieron el tren en Westland Row y en unos segundos, según pareció a Jimmy, estaban saliendo ya de la estación de Kingstown. El colector saludó a Jimmy; era un viejo:

-¡Linda noche, señor!

Era una serena noche de verano; la bahía se extendía como espejo oscuro a sus pies. Se encaminaron hacia allá cogidos de brazos, cantando Cadet Roussel a coro, dando patadas a cada:

-*¡Ho! ¡Ho! ¡Hohé, vraiment!*

Abordaron un bote en el espigón y remaron hasta el yate del americano. Habría cena, música y cartas. Villona dijo, con convicción:

-¡Es una belleza!

Había un piano de mar en el camarote. Villona tocó un vals para Farley y para Riviére, Farley haciendo de caballero y Riviére de dama. Luego vino una Square dance de improviso, todos inventando las figuras originales. ¡Qué contento! Jimmy participó de lleno; esto era vivir la vida por fin. Fue entonces que a Farley le faltó aire y gritó: ¡Alto! Un camarero trajo una cena ligera y los jóvenes se sentaron a comerla por pura fórmula. Sin embargo, bebían: vino bohemio. Brindaron por Irlanda, Inglaterra, Francia, Hungría, los Estados Unidos. Jimmy hizo un discurso, un discurso largo, con Villona diciendo ¡Vamos! ¡Vamos! a cada pausa. Hubo grandes aplausos cuando se sentó. Debe de haber sido un buen discurso. Farley le palmeó la espalda y rieron a rienda suelta. ¡Qué joviales! ¡Qué buena compañía eran!

¡Cartas! ¡Cartas! Se despejó la mesa. Villona regresó quedo a su piano y tocó a petición. Los otros jugaron juego tras juego, entrando audazmente en la aventura. Bebieron a la salud de la Reina de Corazones y de la Reina de Espadas. Oscuramente Jimmy sintió la ausencia de espectadores: qué golpes de ingenio. Jugaron por lo alto y las notas pasaban de mano en mano. Jimmy no sabía a ciencia cierta quién estaba ganando, pero sí sabía quién estaba perdiendo. Pero la culpa era suya, ya que a menudo confundía las cartas y los otros tenían que calcularle sus pagarés. Eran unos tipos del

diablo, pero le hubiera gustado que hicieran un alto: se hacía tarde. Alguien brindó por el yate La Beldad de Newport y luego alguien más propuso jugar un último juego de los grandes.

El piano se había callado; Villona debió de haber subido a cubierta. Era un juego pésimo. Hicieron un alto antes de acabar para brindar por la buena suerte. Jimmy se dio cuenta de que el juego estaba entre Routh y Ségouin. ¡Qué excitante! Jimmy también estaba excitado; claro que él perdió. ¿Cuántos pagarés había firmado? Los hombres se pusieron en pie para jugar los últimos quites, hablando y gesticulando. Ganó Routh. El camarote tembló con los vivas de los jóvenes y se recogieron las cartas. Luego empezaron a colectar lo ganado. Farley y Jimmy eran buenos perdedores.

Sabía que lo lamentaría a la mañana siguiente, pero por el momento se alegró del receso, alegre con ese oscuro estupor que echaba un manto sobre sus locuras. Recostó los codos a la mesa y descansó la cabeza entre las manos, contando los latidos de sus sienes. La puerta del camarote se abrió y vio al húngaro de pie en medio de una luceta gris:

-¡Señores, amanece!

FIN

DOS GALANES

La tarde de agosto había caído, gris y cálida, y un aire tibio, un recuerdo del verano, circulaba por las calles. La calle, los comercios cerrados por el descanso dominical, bullía con una multitud alegremente abigarrada. Como perlas luminosas, las lámparas alumbraban de encima de los postes estirados y por sobre la textura viviente de abajo, que variaba de forma y de color sin parar y lanzaba al aire gris y cálido de la tarde un rumor invariable que no cesa.

Dos jóvenes bajaban la cuesta de Rutland Square. Uno de ellos acababa de dar fin a su largo monólogo. El otro, que caminaba por el borde del contén y que a veces se veía obligado a bajar un pie a la calzada, por culpa de la grosería de su acompañante, mantenía su cara divertida y atenta. Era rubicundo y rollizo. Usaba una gorra de yatista echada frente arriba y la narración que venía oyendo creaba olas expresivas que rompían constantemente sobre su cara desde las comisuras de los labios, de la nariz y de los ojos. Breves chorros de una risa sibilante salían en sucesión de su cuerpo convulso. Sus ojos titilando con un contento pícaro echaban a cada momento miradas de soslayo a la cara de su compañero. Una o dos veces se acomodó el ligero impermeable que llevaba colgado de un

hombro a la torera. Sus bombachos, sus zapatos de goma blancos y su impermeable echado por encima expresaban juventud. Pero su figura se hacía rotunda en la cintura, su pelo era escaso y canoso, y su cara, cuando pasaron aquellas olas expresivas, tenía aspecto estragado.

Cuando se aseguró de que el cuento hubo acabado se rió ruidoso por más de medio minuto. Luego dijo:

-¡Vaya!... ¡Ese sí que es el copón divino!

Su voz parecía batir el aire con vigor; y para dar mayor fuerza a sus palabras añadió con humor:

-¡Ese sí que es el único, solitario y si se me permite llamarlo así, *recherché* copón divino!

Al decir esto se quedó callado y serio. Tenía la lengua cansada, ya que había hablado toda la tarde en el pub de la Calle Dorset. La mayoría de la gente consideraba a Lenehan un sanguijuela, pero a pesar de esa reputación, su destreza y elocuencia evitaba siempre que sus amigos la cogieran con él. Tenía una manera atrevida de acercarse a un grupo en la barra y de mantenerse sutilmente al margen hasta que alguien lo incluía en la primera ronda. Vago por deporte, venía equipado con un vasto repertorio de adivinanzas, cuentos y cuartetas. Era, además, insensible a toda descortesía. Nadie sabía realmente cómo cumplía la penosa tarea de mantenerse, pero su nombre se asociaba vagamente a papeletas y a caballos.

-¿Y dónde fue que la levantaste, Corley? -le preguntó.

Corley se pasó rápido la lengua sobre el labio de arriba.

-Una noche, chico -le dijo-, que iba yo por Calle Dame y me veo a esta tipa tan buena parada debajo del reloj de Waterhouse y cojo y le doy, tú sabes, las buenas noches. Luego nos damos una vuelta por el canal y eso, y ella que me dice que es criadita en una casa de la Calle Baggot. Le eché el brazo por arriba y la apretujé un poco esa noche. Entonces, el domingo siguiente, chico, tengo cita con ella y nos vemos. Nos fuimos hasta Donnybrook y la metí en un sembrado. Me dijo que ella salía con un lechero... ¡La gran vida, chico! Cigarrillos todas las noches y ella pagando el tranvía a la ida y a la venida. Una noche hasta me trajo dos puros más buenos que el carajo. Panetelas, tú sabes, de las que fuma el caballero... Yo que, claro, chico, tenía miedo de que saliera preñada. Pero, ¡tiene una esquiva!

-A lo mejor se cree que te vas a casar con ella -dijo Lenehan.

-Le dije que estaba sin pega -dijo Corley-. Le dije que trabajaba en Pim's. Ella ni mi nombre sabe. Estoy demasiado asustado para decirle eso. Pero se cree que soy de buena familia, para que tú lo sepas.

Lenehan se rió de nuevo, sin hacer ruido.

-De todos los cuentos buenos que he oído en mi vida -dijo-, ese sí que de veras es el copón divino.

Corley reconoció el cumplido en su andar. El vaivén de su cuerpo macizo obligaba a su amigo a bailar la suiza del contén a la calzada y viceversa. Corley era hijo de un inspector de policía y había heredado de su padre la caja del cuerpo y el paso. Caminaba con las manos al costado, muy derecho y moviendo la cabeza de un lado al otro. Tenía la cabeza grande, de globo, grasosa; sudaba siempre, en invierno y en verano; y su enorme bombín, ladeado, parecía un bombillo saliendo de un bombillo. La vista siempre al frente, como si estuviera en un desfile, cuando quería mirar a alguien en la calle, tenía que mover todo su cuerpo desde las caderas. Por el momento estaba sin trabajo. Cada vez que había un puesto vacante uno de sus amigos le pasaba la voz. A menudo se le veía conversando con policías de paisano, hablando con toda seriedad. Sabía dónde estaba el meollo de cualquier asunto y era dado a decretar sentencia. Hablaba sin oír lo que decía su compañía. Hablaba mayormente de sí mismo: de lo que había dicho a tal persona y lo que esa persona le había dicho y lo que él había dicho para dar por zanjado el asunto. Cuando relataba estos diálogos aspiraba la primera letra de su nombre, como hacían dos florentinos.

Lenehan ofreció un cigarrillo a su amigo. Mientras los dos jóvenes paseaban por entre la gente, Corley se volvía ocasionalmente para sonreír a una muchacha que pasaba, pero la vista de Lenehan estaba fija en la larga luna pálida con su hado doble. Vio con cara seria cómo la gris telaraña del ocaso atravesaba su faz. Al cabo dijo:

-Bueno... dime, Corley, supongo que sabrás cómo manejarla, ¿no?

Corley, expresivo, cerró un ojo en respuesta.

-¿Sirve ella? -preguntó Lenehan, dudoso-. Nunca se sabe con las mujeres.

-Ella sirve -dijo Corley-. Yo sé cómo darle la vuelta, chico. Está loquita por mí.

-Tú eres lo que yo llamo un tenorio contento -dijo Lenehan-. ¡Y un don Juan muy serio también!

Un dejo burlón quitó servilismo a la expresión. Como vía de escape tenía la costumbre de dejar su adulonería abierta a interpretaciones de burla. Pero Corley no era muy sutil que digamos.

-No hay como una buena criadita -afirmó-. Te lo digo yo.

-Es decir, uno que las ha levantado a todas -dijo Lenehan.

-Yo primero salía con muchachas de su casa, tú sabes -dijo Corley, destapándose-. Las sacaba a pasear, chico, en tranvía a todas partes y yo era el que pagaba, o las llevaba a oír la banda o a una obra de teatro o les compraba chocolates y dulces y eso. Me gastaba con ellas el dinero que daba gusto -añadió en tono convincente, como si estuviera consciente de no ser creído.

Pero Lenehan podía creerlo muy bien; asintió, grave.

-Conozco el juego -dijo-, y es comida de bobo.

-Y maldito sea lo que saqué de él -dijo Corley.

-Ídem de ídem -dijo Lenehan.

-Con una excepción -dijo Corley.

Se mojó el labio superior pasándole la lengua. El recuerdo lo encandiló. Él, también, miró al pálido disco de la luna, ya casi velado, y pareció meditar.

-Ella estaba... bastante bien -dijo con sentimiento. De nuevo se quedó callado. Luego, añadió:

-Ahora trabaja la calle. La vi montada en un carro con dos tipos, abajo en la Calle Earl, una noche.

-Supongo que por tu culpa -dijo Lenehan.

-Hubo otros antes que yo -dijo Corley, filosófico.

Esta vez Lenehan se sentía inclinado a no creerle. Movió la cabeza de un lado a otro y sonrió.

-Tú sabes que tú no me puedes andar a mí con cuentos, Corley -dijo.

-¡Por lo más sagrado! -dijo Corley-. ¿No me lo dijo ella misma?

Lenehan hizo un gesto trágico.

-¡Triste traidora! -dijo.

Al pasar por las rejas de Trinity College, Lenehan saltó al medio de la calle y miró al reloj arriba.

-Veinte pasadas -dijo.

-Hay tiempo -dijo Corley-. Ella va a estar allí. Siempre la hago esperar un poco.

Lenehan se rió entre dientes.

-¡Anda! Tú sí que sabes cómo manejarlas, Corley -dijo.

-Me sé bien todos sus truquitos -confesó Corley.

-Pero dime -dijo Lenehan de nuevo-, ¿estás seguro de que te va a salir bien? No es nada fácil, tú sabes. Tocante a eso son muy cerradas. ¿Eh?... ¿Qué?

Lenehan no dijo más. No quería acabarle la paciencia a su amigo, que lo mandara al demonio y luego le dijera que no necesitaba para nada sus consejos. Hacía falta tener tacto. Pero el ceño de Corley volvió a la calma pronto. Tenía la mente en otra cosa.

-Es una tipa muy decente -dijo, con aprecio-, de veras que lo es.

Bajaron por la Calle Nassau y luego doblaron por Kildare. No lejos del portal del club un arpista tocaba sobre la acera ante un corro de oyentes. Tiraba de las cuerdas sin darle importancia, echando de vez en cuando miradas rápidas al rostro de cada recién venido y otras veces, pero con idéntico desgano, al cielo. Su arpa, también, sin darle importancia al forro que le caía por debajo de las rodillas, parecía desentenderse por igual de las miradas ajenas y de las manos de su dueño. Una de estas manos bordeaba la melodía de Silent, O Moyle, mientras la otra, sobre las primas, le caía detrás a cada grupo de notas. Los arpegios de la melodía vibraban hondos y plenos.

Los dos jóvenes continuaron calle arriba sin hablar, seguidos por la música fúnebre. Cuando llegaron a Stephen's Green atravesaron la calle. En este punto el ruido de los tranvías, las luces y la muchedumbre los libró del silencio.

-¡Allí está! -dijo Corley.

Una mujer joven estaba parada en la esquina de la calle Hume. Llevaba un vestido azul y una gorra de marinero blanca. Estaba sobre el contén, balanceando una sombrilla en la mano. Lenehan se avivó.

-Vamos a mirarla de cerca, Corley -dijo.

Corley miró ladeado a su amigo y una sonrisa desagradable apareció en su cara.

-¿Estás tratando de colarte? -le preguntó.

-¡Maldita sea! -dijo Lenehan, osado-. No quiero que me la presentes. Nada más quiero verla. No me la voy a comer...

-Ah... ¿Verla? -dijo Corley, más amable-. Bueno... atiende. Yo me acerco a hablar con ella y tú pasas de largo.

-¡Muy bien! -dijo Lenehan.

Ya Corley había cruzado una pierna por encima de las cadenas cuando Lenehan lo llamó:

-¿Y luego? ¿Dónde nos encontramos?

-Diez y media -respondió Corley, pasando la otra pierna.

-¿Dónde?

-En la esquina de la Calle Merrion. Estaremos de regreso.

-Trabájala bien -dijo Lenehan como despedida.

Corley no respondió. Cruzó la calle a buen paso, moviendo la cabeza de un lado a otro. Su bulto, su paso cómodo y el sólido sonido de sus botas tenían en sí algo de conquistador. Se acercó a la joven y, sin saludarla, empezó a conversar con ella enseguida. Ella balanceó la sombrilla más rápido y dio vueltas a sus tacones. Una o dos veces que él le habló muy cerca de ella se rió y bajó la cabeza.

Lenehan los observó por unos minutos. Luego, caminó rápido junto a las cadenas guardando distancia y atravesó la calle en diagonal. Al acercarse a la esquina de la Calle Hume encontró el aire densamente perfumado y rápidos sus ojos escrutaron, ansiosos, el aspecto de la joven. Tenía puesto su vestido dominguero. Su falda de sarga azul estaba sujeta a la cintura por un cinturón de cuero negro. La enorme hebilla del cinto parecía oprimir el centro de su cuerpo, cogiendo como un broche la ligera tela de su blusa blanca. Llevaba una chaqueta negra corta con botones de nácar y una desaliñada boa negra. Las puntas de su cuellito de tul estaban cuidadosamente desarregladas y tenía prendido sobre el busto un gran ramo de rosas rojas con los tallos vueltos hacia arriba. Lenehan notó con aprobación su corto cuerpo macizo. Una franca salud rústica iluminaba su rostro, sus rojos

cachetes rollizos y sus atrevidos ojos azules. Sus facciones eran toscas. Tenía una nariz ancha, una boca regada, abierta en una mueca entre socarrona y contenta, y dos dientes botados. Al pasar Lenehan se quitó la gorra y, después de unos diez segundos, Corley devolvió el saludo al aire. Lo hizo levantando su mano vagamente y cambiando, distraído, el ángulo de caída del sombrero.

Lenehan llegó hasta el hotel Shelbourne, donde se detuvo a la espera. Después de esperar un ratito los vio venir hacia él y cuando doblaron a la derecha, los siguió, apresurándose ligero en sus zapatos blancos, hacia un costado de Merrion Square. Mientras caminaba despacio, ajustando su paso al de ellos, miraba la cabeza de Corley, que se volvía a cada minuto hacia la cara de la joven como un gran balón dando vueltas sobre un pivote. Mantuvo la pareja a la vista hasta que los vio subir la escalera del tranvía a Donnybrook; entonces, dio media vuelta y regresó por donde había venido.

Ahora que estaba solo su cara se veía más vieja. Su alegría pareció abandonarlo y al caminar junto a las rejas de Duke's Lawn dejó correr su mano sobre ellas. La música que tocaba el arpista comenzó a controlar sus movimientos. Sus pies, suavemente acolchados, llevaban la melodía, mientras sus dedos hicieron escalas imitativas sobre las rejas, cayéndole detrás a cada grupo de notas.

Caminó sin ganas por Stephen's Green y luego a la Calle Grafton abajo. Aunque sus ojos tomaban nota de muchos elementos de la multitud por entre la que pasaba, lo hacían desganadamente. Encontró trivial todo lo que debía encantarle y no tuvo respuesta a las miradas que lo invitaban a ser atrevido. Sabía que tendría que hablar mucho, que inventar y que divertir, y su garganta y su cerebro estaban demasiado secos para semejante tarea. El problema de cómo pasar las horas hasta encontrarse con Corley de nuevo le preocupó. No pudo encontrar mejor manera de pasarlas que caminando. Dobló a la izquierda cuando llegó a la esquina de Rutland Square y se halló más a gusto en la tranquila calle oscura, cuyo aspecto sombrío concordaba con su ánimo. Se detuvo, al fin, ante las vitrinas de un establecimiento de aspecto miserable en que las palabras Bar Refrescos estaban pintadas en letras blancas. Sobre el cristal de las vitrinas había dos letreros volados: Cerveza de Jengibre y Ginger Ale. Un jamón cortado se exhibía sobre una fuente azul, mientras que no lejos, en una bandeja, había un pedazo de pudín de pasas. Miró estos comestibles fijamente por espacio de un rato y, luego, después de echar una mirada vigilante calle arriba y abajo, entró en la fonda, rápido.

Tenía hambre, ya que, excepto unas galletas que había pedido y le trajeron dos dependientes avinagrados, no había comido nada desde el desayuno. Se sentó a una mesa descubierta frente a dos obreritas y a un mecánico. Una muchacha desaliñada vino de camarera.

-¿A cómo la ración de chícharos? -preguntó.

-Tres medio-peniques, señor -dijo la muchacha.

-Tráigame un plato de chícharos -dijo-, y una botella de cerveza de jengibre.

Había hablado con rudeza para desacreditar su aire urbano, ya que su entrada fue seguida por una pausa en la conversación. Estaba abochornado... Para parecer natural, empujó su gorra hacia atrás y puso los codos en la mesa. El mecánico y las dos obreritas lo examinaron punto por punto antes de reanudar su conversación en voz baja. La muchacha le trajo un plato de guisantes calientes sazonados con pimienta y vinagre, un tenedor y su cerveza de jengibre. Comió la comida con ganas y la encontró tan buena que mentalmente tomó nota de la fonda. Cuando hubo comido los guisantes sorbió su cerveza y se quedó sentado un rato pensando en Corley y en su aventura. Vio en la imaginación a la pareja de amantes paseando por un sendero a oscuras; oyó la voz de Corley diciendo galanterías y de nuevo observó la descarada sonrisa en la boca de la joven. Tal visión le hizo sentir en lo vivo su pobreza de espíritu y de bolsa. Estaba cansado de dar tumbos, de halarle el rabo al diablo, de intrigas y picardías. En noviembre cumpliría treintaiún años. ¿No iba a conseguir nunca un buen trabajo? ¿No tendría jamás casa propia? Pensó lo agradable que sería tener un buen fuego al que arrimarse y sentarse a una buena mesa. Ya había caminado bastante por esas calles con amigos y con amigas. Sabía bien lo que valían esos amigos: también conocía bastante a las mujeres. La experiencia lo había amargado contra todo y contra todos. Pero no lo había abandonado la esperanza. Se sintió mejor después de comer, menos aburrido de la vida, menos vencido espiritualmente. Quizá todavía podría acomodarse en un rincón y vivir feliz, con tal de que encontrara una muchacha buena y simple que tuviera lo suyo.

Pagó los dos peniques y medio a la camarera desaliñada y salió de la fonda, reanudando su errar. Entró por la Calle Capel y caminó hacia el Ayuntamiento. Luego, dobló por la Calle Dame. En la esquina de la Calle George se encontró con dos amigos y se detuvo a conversar con ellos. Se alegró de poder descansar de la caminata. Sus amigos le preguntaron si había visto a Corley y que cuál era la última. Replicó que se había pasado el día con Corley. Sus amigos hablaban poco. Miraron estólidos a algunos tipos en el gentío y a veces hicieron un comentario crítico. Uno de ellos dijo que había visto a Mac una hora atrás en la Calle Westmoreland. A esto Lenehan dijo que había estado con Mac la noche antes en Egan's. El joven que había estado con Mac en la Calle Westmoreland preguntó si era verdad que Mac había ganado una apuesta en un partido de billar. Lenehan no sabía: dijo que Holohan los había convidado a los dos a unos tragos en Egan's.

Dejó a sus amigos a la diez menos cuarto y subió por la Calle George. Dobló a la izquierda por el Mercado Municipal y caminó hasta la Calle Grafton. El gentío de muchachos y muchachas había menguado, y caminando calle arriba oyó a muchas parejas y grupos darse las buenas noches unos a otros. Llegó hasta el reloj del Colegio de Cirujanos: estaban dando las diez. Se encaminó rápido por el lado norte del Green, apresurado por miedo a que Corley llegara demasiado pronto. Cuando alcanzó la esquina de la Calle Merrion se detuvo en la sombra de un farol y sacó uno de los

cigarrillos que había reservado y lo encendió. Se recostó al poste y mantuvo la vista fija en el lado por el que esperaba ver regresar a Corley y a la muchacha.

Su mente se activó de nuevo. Se preguntó si Corley se las habría arreglado. Se preguntó si se lo habría pedido ya o si lo había dejado para lo último. Sufría las penas y anhelos de la situación de su amigo tanto como la propia. Pero el recuerdo de Corley moviendo su cabeza lo calmó un tanto: estaba seguro de que Corley se saldría con la suya. De pronto lo golpeó la idea de que quizá Corley la había llevado a su casa por otro camino, dándole el esquinazo. Sus ojos escrutaron la calle: ni señas de ellos. Sin embargo, había pasado con seguridad media hora desde que vio el reloj del Colegio de Cirujanos. ¿Habría Corley hecho cosa semejante? Encendió el último cigarrillo y empezó a fumarlo nervioso. Forzaba la vista cada vez que paraba un tranvía al otro extremo de la plaza. Tenían que haber regresado por otro camino. El papel del cigarrillo se rompió y lo arrojó a la calle con una maldición.

De pronto los vio venir hacia él. Saltó de contento y pegándose al poste trató de adivinar el resultado en su manera de andar. Caminaban lentamente, la muchacha dando rápidos pasitos, mientras Corley se mantenía a su lado con su paso largo. No parecía que se hablaran. El conocimiento del resultado lo pinchó como la punta de un instrumento con filo. Sabía que Corley iba a fallar; sabía que no le salió bien.

Doblaron la Calle Baggot abajo y él los siguió enseguida, cogiendo por la otra acera. Cuando se detuvieron, se detuvo él también. Hablaron por un momento y después la joven bajó los escalones hasta el fondo de la casa. Corley se quedó parado al borde de la acera, a corta distancia de la escalera del frente. Pasaron unos minutos. La puerta del recibidor se abrió lentamente y con cautela. Luego, una mujer bajó corriendo las escaleras del frente y tosió. Corley se dio vuelta y fue hacia ella. Su cuerpazo la ocultó a su vista por unos segundos y luego ella reapareció corriendo escaleras arriba. La puerta se cerró tras ella y Corley salió caminando rápido hacia Stephen's Green.

Lenehan se apuró en la misma dirección. Cayeron unas gotas. Las tomó por un aviso y echando una ojeada hacia atrás, a la casa donde había entrado la muchacha, para ver si no lo observaban, cruzó la calle corriendo impaciente. La ansiedad y la carrera lo hicieron acezar. Dio un grito:

-¡Hey, Corley!

Corley volteó la cabeza a ver quién lo llamaba y después siguió caminando como antes. Lenehan corrió tras él, arreglándose el impermeable sobre los hombros con una sola mano.

-¡Hey, Corley! -gritó de nuevo.

Se emparejó a su amigo y lo miró a la cara, atento. No vio nada en ella.

-Bueno, ¿y qué? -dijo-. ¿Dio resultado?

Habían llegado a la esquina de Ely Place. Sin responder aún, Corley dobló a la izquierda rápido y entró en una calle lateral. Sus facciones estaban compuestas con una placidez austera. Lenehan mantuvo el paso de su amigo, respirando con dificultad. Estaba confundido y un dejo de amenaza se abrió paso por su voz.

-¿Vas a hablar o no? -dijo-. ¿Trataste con ella?

Corley se detuvo bajo el primer farol y miró torvamente hacia el frente. Luego, con un gesto grave, extendió una mano hacia la luz y, sonriendo, la abrió para que la contemplara su discípulo. Una monedita de oro brillaba sobre la palma.

FIN

DUPLICADOS

El timbre sonó rabioso. Cuando la señorita Parker se acercó al tubo, una voz con un penetrante acento de Irlanda del Norte gritó furiosa:

-¡A Farrington que venga acá!

La señorita Parker regresó a su máquina, diciéndole a un hombre que escribía en un escritorio:

-El señor Alleyne, que suba a verlo.

El hombre musitó un ¡Maldita sea! y echó atrás su silla para levantarse. Cuando lo hizo se vio que era alto y fornido. Tenía una cara colgante, de color vino tinto, con cejas y bigotes rubios: sus ojos, ligeramente botados, tenían los blancos sucios. Levantó la tapa del mostrador y, pasando por entre los clientes, salió de la oficina con paso pesado.

Subió lerdo las escaleras hasta el segundo piso, donde había una puerta con un letrero que decía *Señor Alleyne*. Aquí se detuvo, bufando de hastío, rabioso, y tocó. Una voz chilló:

-¡Pase!

El hombre entró en la oficina del señor Alleyne. Simultáneamente, el señor Alleyne, un hombrecito que usaba gafas de aro de oro sobre una cara raída, levantó su cara sobre una pila de documentos. La cara era tan rosada y lampiña que parecía un gran huevo puesto sobre los papeles. El señor Alleyne no perdió un momento:

-¿Farrington? ¿Qué significa esto? ¿Por qué tengo que quejarme de usted siempre? ¿Puedo preguntarle por qué no ha hecho usted copia del contrato entre Bodley y Kirwan? Le dije bien claro que tenía que estar listo para las cuatro.

-Pero el señor Shelly, señor, dijo, dijo...

-El señor Shelly, señor, dijo... Haga el favor de prestar atención a lo que digo yo y no a lo que el señor Shelly, señor, dice. Siempre tiene usted una excusa para sacarle el cuerpo al trabajo. Déjeme decirle que si el contrato no está listo esta tarde voy a poner el asunto en manos del señor Crosbie... ¿Me oye usted?

-Sí, señor.

-¿Me oye usted ahora?... ¡Ah, otro asuntito! Más valía que me dirigiera a la pared y no a usted. Entienda de una vez por todas que usted tiene media hora para almorzar y no hora y media. Me gustaría saber cuántos platos pide usted... ¿Me está atendiendo?

-Sí, señor.

El señor Alleyne hundió su cabeza de nuevo en la pila de papeles. El hombre miró fijo al pulido cráneo que dirigía los negocios de Crosbie & Alleyne, calibrando su fragilidad. Un espasmo de rabia apretó su garganta por unos segundos y después pasó, dejándole una aguda sensación de sed. El hombre reconoció aquella sensación y consideró que debía coger una buena esa noche. Había pasado la mitad del mes y, si terminaba esas copias a tiempo, quizá el señor Alleyne le daría un vale para el cajero. Se quedó mirando fijo a la cabeza sobre la pila de papeles. De pronto, el señor Alleyne comenzó a revolver entre los papeles buscando algo. Luego, como si no hubiera estado consciente de la presencia de aquel hombre hasta entonces, disparó su cabeza hacia arriba otra vez y dijo:

-¿Qué, se va a quedar parado ahí el día entero? ¡Palabra, Farrington, que toma usted las cosas con calma!

-Estaba esperando a ver si...

-Muy bien, no tiene usted que esperar a ver si. ¡Baje a hacer su trabajo!

El hombre caminó pesadamente hacia la puerta y, al salir de la pieza, oyó cómo el señor Alleyne le gritaba que si el contrato no estaba copiado antes de la noche el señor Crosbie tomaría el asunto entre manos.

Regresó a su buró en la oficina de los bajos y contó las hojas que le faltaban por copiar. Cogió la pluma y la hundió en la tinta, pero siguió mirando estúpidamente las últimas palabras que había escrito: *En ningún caso deberá el susodicho Bernard Bodley buscar...* Caía el crepúsculo: en unos minutos encenderían el gas y entonces sí podría escribir bien. Sintió que debía saciar la sed de su garganta. Se levantó del escritorio y, levantando la tapa del mostrador como la vez anterior, salió de la oficina. Al salir, el oficinista jefe lo miró, interrogativo.

-Está bien, señor Shelly -dijo el hombre, señalando con un dedo para indicar el objetivo de su salida.

El oficinista jefe miró a la sombrerera y viéndola completa no hizo ningún comentario. Tan pronto como estuvo en el rellano el hombre sacó una gorra de pastor del bolsillo, se la puso y bajó

corriendo las desvencijadas escaleras. De la puerta de la calle caminó furtivo por el interior del pasadizo hasta la esquina y de golpe se escurrió en un portal. Estaba ahora en el oscuro y cómodo establecimiento de O'Neill y, llenando el ventanillo que daba al bar con su cara congestionada, del color del vino tinto o de la carne magra, llamó:

-Atiende, Pat, y sé bueno: sírvenos un buen t.c.

El dependiente le trajo un vaso de cerveza negra. Se lo bebió de un trago y pidió una semilla de carvi. Puso su penique sobre el mostrador y, dejando que el dependiente lo buscara a tientas en la oscuridad, dejó el establecimiento tan furtivo como entró.

La oscuridad, acompañada de una niebla espesa, invadía el crepúsculo de febrero y las lámparas de la Calle Eustace ya estaban encendidas. El hombre se pegó a los edificios hasta que llegó a la puerta de la oficina y se preguntó si acabaría las copias a tiempo. En la escalera un pegajoso perfume dio la bienvenida a su nariz: evidentemente la señorita Delacour había venido mientras él estaba en O'Neill's. Arrebujó la gorra en un bolsillo y volvió a entrar en la oficina con aire abstraído.

-El señor Alleyne estaba preguntando por usted -dijo el oficinista jefe con severidad-. ¿Dónde estaba metido?

El hombre miró de reojo a dos clientes de pie ante el mostrador para indicar que su presencia le impedía responder. Como los dos clientes eran hombres el oficinista jefe se permitió una carcajada.

-Yo conozco el juego -le dijo-. Cinco veces al día es un poco demasiado... Bueno, más vale que se agilice y saque una copia de la correspondencia del caso Delacour para el señor Alleyne.

La forma en que le hablaron en presencia del público, la carrera escalera arriba y la cerveza que había tomado con tanto apuro habían confundido al hombre y al sentarse en su escritorio para hacer lo requerido se dio cuenta de lo inútil que era la tarea de terminar de copiar el contrato antes de las cinco y media. La noche, oscura y húmeda, ya estaba aquí y él deseaba pasarla en dos bares, bebiendo con sus amigos, entre el fulgor del gas y el tintineo de vasos. Sacó la correspondencia de Delacour y salió de la oficina. Esperaba que el señor Alleyne no se diera cuenta de que faltaban dos cartas.

El camino hasta el despacho del señor Alleyne estaba colmado de aquel perfume penetrante y húmedo. La señorita Delacour era una mujer de mediana edad con aspecto de judía. Venía a menudo a la oficina y se quedaba mucho rato cada vez que venía. Estaba sentada ahora junto al escritorio en su aire embalsamado, alisando con la mano el mango de su sombrilla y asintiendo con la enorme pluma negra de su sombrero. El señor Alleyne había girado la silla para darle el frente, el pie derecho montado sobre la rodilla izquierda. El hombre dejó la correspondencia sobre el escritorio, inclinándose respetuosamente, pero ni el señor Alleyne ni la señorita Delacour prestaron atención a

su saludo. El señor Alleyne golpeó la correspondencia con un dedo y luego lo sacudió hacia como si dijera: *Está bien: puede usted marcharse*.

El hombre regresó a la oficina de abajo y de nuevo se sentó en su escritorio. Miró, resuelto, a la frase incompleta: *En ningún caso deberá el susodicho Bernard Bodley buscar...* y pensó que era extraño que las tres últimas palabras empezaran con la misma letra. El oficinista jefe comenzó a apurar a la señorita Parker, diciéndole que nunca tendría las cartas mecanografiadas a tiempo para el correo. El hombre atendió al tecleteo de la máquina por unos minutos y luego se puso a trabajar para acabar la copia. Pero no tenía clara la cabeza y su imaginación se extravió en el resplandor y el bullicio de la cantina. Era una noche para ponche caliente. Siguió luchando con su copia, pero cuando dieron las cinco en el reloj todavía le quedaban catorce páginas por hacer. ¡Maldición! No acabaría a tiempo. Necesitaba blasfemar en voz alta, descargar el puño con violencia en alguna parte. Estaba tan furioso que escribió Bernard Bernard en vez de Bernard Bodley y tuvo que empezar una página limpia de nuevo.

Se sentía con fuerza suficiente para demoler la oficina él solo. El cuerpo le pedía hacer algo, salir a regodearse en la violencia. Las indignidades de la vida lo enfurecían... ¿Le pediría al cajero un adelanto a título personal? No, el cajero no serviría de nada, mierda: no le daría el adelanto... Sabía dónde encontrar a los amigos: Leonard y O'Halloran y Chisme Flynn. El barómetro de su naturaleza emotiva indicaba altas presiones violentas.

Estaba tan abstraído que tuvieron que llamarlo dos veces antes de responder. El señor Alleyne y la señorita Delacour estaban delante del mostrador y todos los empleados se habían vuelto, a la expectativa. El hombre se levantó de su escritorio. El señor Alleyne comenzó a insultarlo, diciendo que faltaban dos cartas. El hombre respondió que no sabía nada de ellas, que él había hecho una copia fidedigna. Siguieron dos insultos: tan agrios y violentos que el hombre apenas podía contener su puño para que no cayera sobre la cabeza del pigmeo que tenía delante.

-No sé nada de esas otras dos cartas -dijo, estúpidamente.

-*No-sé-nada*. Claro que no sabe usted nada -dijo el señor Alleyne-. Dígame -añadió, buscando con la vista la aprobación de la dama que tenía al dado-, ¿me toma usted por idiota o qué? ¿Cree usted que yo soy un completo idiota?

Los ojos del hombre iban de la cara de la mujer a la cabecita de huevo y viceversa; y, casi antes de que se diera cuenta de ello, su lengua tuvo un momento feliz:

-No creo, señor -le dijo-, que sea justo que me haga usted a mí esa pregunta.

Se hizo una pausa hasta en la misma respiración de dos empleados. Todos estaban sorprendidos (el autor de da salida no menos que sus vecinos) y la señorita Delacour, que era una mujer robusta y afable, empezó a reírse. El señor Alleyne se puso rojo como una langosta y su boca

se torció con la vehemencia de un enano. Sacudió el puño en la cara del hombre hasta que pareció vibrar como la palanca de alguna maquinaria eléctrica.

-¡So impertinente! ¡So rufián! ¡Le voy a dar una lección! ¡Va a saber lo que es bueno! ¡Se excusa usted por su impertinencia o queda despedido al instante! ¡O se larga usted, ¿me oye?, o me pide usted perdón!

Se quedó esperando en el portal frente a la oficina para ver si el cajero salía solo. Pasaron todos los empleados y, finalmente, salió el cajero con el oficinista jefe. Era inútil hablarle cuando estaba con el jefe. El hombre se sabía en una posición desventajosa. Se había visto obligado a dar una abyecta disculpa al señor Alleyne por su impertinencia, pero sabía la clase de avispero que sería para él la oficina en el futuro. Podía recordar cómo el señor Alleyne le había hecho la vida imposible al pequeño Peake para colocar en su lugar a un sobrino. Se sentía feroz, sediento y vengativo: molesto con todos y consigo mismo. El señor Alleyne no le daría un minuto de descanso; su vida sería un infierno. Había quedado en ridículo. ¿Por qué no se tragaba la lengua? Pero nunca congeniaron, él y el señor Alleyne, desde el día en que el señor Alleyne lo oyó burlándose de su acento de Irlanda del Norte para hacerles gracia a Higgins y a la señorita Parker: ahí empezó todo. Podría haberle pedido prestado a Higgins, pero nunca tenía nada. Un hombre con dos casas que mantener, cómo iba, claro, a tener...

Sintió que su corpachón dolido echaba de menos la comodidad de la cantina. La niebla le calaba los huesos y se preguntó si podría darle un toque a Pat en O'Neill's. Pero no podría tumbarle más que un chelín -y de qué sirve un chelín. Y, sin embargo, tenía que conseguir dinero como fuera: había gastado su último penique en la negra y dentro de un momento sería demasiado tarde para conseguir dinero en otro sitio. De pronto, mientras se palpaba la cadena del reloj, pensó en la casa de préstamos de Terry Kelly, en la Calle Fleet. ¡Trato hecho! ¿Cómo no se le ocurrió antes?

Con paso rápido atravesó el estrecho callejón de Temple Bar, diciendo por lo bajo que podían irse todos a la mierda, que él iba a pasarla bien esa noche. El dependiente de Terry Kelly dijo ¡Una corona! Pero el acreedor insistió en seis chelines; y como suena le dieron seis chelines. Salió alegre de la casa de empeño, formando un cilindro con las monedas en su mano. En la Calle Westmoreland las aceras estaban llenas de hombres y mujeres jóvenes volviendo del trabajo y de chiquillos andrajosos corriendo de aquí para allá gritando los nombres de los diarios vespertinos. El hombre atravesó la multitud presenciando el espectáculo por lo general con satisfacción llena de orgullo, y echando miradas castigadoras a las oficinistas. Tenía la cabeza atiborrada de estruendo de tranvías, de timbres y de frote de troles, y su nariz ya olfateaba las coruscantes emanaciones del ponche. Mientras avanzaba repasaba los términos en que relataría el incidente a los amigos:

-Así que lo miré en frío, tú sabes, y le clavé los ojos a ella. Luego lo miré a él de nuevo, con calma, tú sabes. No creo que sea justo que usted me pregunte a mí eso, díjele.

Chisme Flynn estaba sentado en su rincón de siempre en Davy Byrne's y, cuando oyó el cuento, convidó a Farrington a una media, diciéndole que era la cosa más grande que oyó jamás. Farrington lo convidó a su vez. Al rato vinieron O'Halloran y Paddy Leonard. Hizo de nuevo el cuento.

O'Halloran pagó una ronda de maltas calientes y contó la historia de la contesta que dio al oficinista jefe cuando trabajaba en la Callan's de la Calle Fownes's; pero, como su respuesta tenía el estilo que tienen en las églogas los pastores liberales, tuvo que admitir que no era tan ingeniosa como la contestación de Farrington. En esto Farrington les dijo a los amigos que la pulieran, que él convidaba.

¡Y quién vino cuando hacía su catálogo de venenos sino Higgins! Claro que se arrimó al grupo. Los amigos le pidieron que hiciera su versión del cuento y él la hizo con mucha vivacidad, ya que la visión de cinco whiskys calientes es muy estimulante. El grupo rugió de risa cuando mostró cómo el señor Alleyne sacudía el puño en la cara de Farrington. Luego, imitó a Farrington, diciendo, *Y allí estaba mi tierra, tan tranquilo*, mientras Farrington miraba a la compañía con ojos pesados y sucios, sonriendo y a veces chupándose las gotas de licor que se le escurrían por los bigotes.

Cuando terminó la ronda se hizo una pausa. O'Halloran tenía algo, pero ninguno de los otros dos parecía tener dinero; por lo que el grupo tuvo que dejar el establecimiento a pesar suyo. En la esquina de la Calle Duke, Higgins y Chisme Flynn doblaron a la izquierda, mientras que los otros tres dieron la vuelta rumbo a la ciudad. Lloviznaba sobre las calles frías y, cuando llegaron a las Oficinas de Lastre, Farrington sugirió la Scotch House. El bar estaba colmado de gente y del escándalo de bocas y de vasos. Los tres hombres se abrieron paso por entre los quejumbrosos cerilleros a la entrada y formaron su grupito en una esquina del mostrador. Empezaron a cambiar cuentos. Leonard les presentó a un tipo joven llamado Weathers, que era acróbata y artista itinerante del Tívoli. Farrington invitó a todo el mundo. Weathers dijo que tomaría una media de whisky del país y Apollinaris. Farrington, que tenía noción de las cosas, les preguntó a los amigos si iban a tomar también Apollinaris; pero los amigos le dijeron a Tim que hiciera el de ellos caliente. La conversación giró en tomo al teatro. O'Halloran pagó una ronda y luego Farrington pagó otra, con Weathers protestando de que la hospitalidad era demasiado irlandesa. Prometió que los llevaría tras bastidores para presentarles algunas artistas agradables. O'Halloran dijo que él y Leonard irían pero no Farrington, ya que era casado; y los pesados ojos sucios de Farrington miraron socarrones a sus amigos, en prueba de que sabía que era chacota. Weathers hizo que todos bebieran una tinturita por cuenta suya y prometió que los vería algo más tarde en Mulligan's de la Calle Poolbeg.

Cuando la Scotch House cerró se dieron una vuelta por Mulligan's. Fueron al salón de atrás y O'Halloran ordenó grogs para todos. Empezaban a sentirse entonados. Farrington acababa de convidar a otra ronda cuando regresó Weathers. Para gran alivio de Farrington esta vez pidió un vaso de negra. Los fondos escaseaban, pero les quedaba todavía para ir tirando. Al rato entraron dos mujeres jóvenes con grandes sombreros y un joven de traje a cuadros y se sentaron en una mesa vecina. Weathers los saludó y le dijo a su grupo que acababan de salir del Tívoli. Los ojos de Farrington se extraviaban a menudo en dirección a una de las mujeres. Había una nota escandalosa en su atuendo. Una inmensa bufanda de muselina azul pavoreal daba vueltas al sombrero para anudarse en un gran lazo por debajo de la barbilla; y llevaba guantes color amarillo chillón, que le llegaban al codo. Farrington miraba, admirado, el rollizo brazo que ella movía a menudo y con mucha gracia; y cuando, más tarde, ella le devolvió la mirada, admiró aún más sus grandes ojos pardos. Todavía más lo fascinó la expresión oblicua que tenían. Ella lo miró de reojo una o dos veces y cuando el grupo se marchaba, rozó su silla y dijo *Oh, perdón* con acento de Londres. La vio salir del salón en espera de que ella mirara para atrás, pero se quedó esperando. Maldijo su escasez de dinero y todas las rondas que había tenido que pagar, particularmente los whiskys y las Apollinaris que tuvo que pagarle a Weathers. Si había algo que detestaba era un gorrista. Estaba tan bravo que perdió el rastro de la conversación de sus amigos.

Cuando Paddy Leonard le llamó la atención se enteró de que estaban hablando de pruebas de fortaleza física. Weathers exhibía sus músculos al grupo y se jactaba tanto que los otros dos llamaron a Farrington para que defendiera el honor patrio. Farrington accedió a subirse una manga y mostró sus bíceps a los circunstantes. Se examinaron y comprobaron ambos brazos y finalmente se acordó que lo que había que hacer era pulsar. Limpiaron la mesa y los dos hombres apoyaron sus codos en ella, enlazando las manos. Cuando Paddy Leonard dijo *¡Ahora!*, cada cual trató de derribar el brazo del otro. Farrington se veía muy serio y decidido.

Empezó la prueba. Después de unos treinta segundos, Weathers bajó el brazo de su contrario poco a poco hasta tocar la mesa. La cara color de vino tinto de Farrington se puso más tinta de humillación y de rabia al haber sido derrotado por aquel mocoso.

-No se debe echar nunca el peso del cuerpo sobre el brazo -dijo-. Hay que jugar limpio.

-¿Quién no jugó limpio? -dijo el otro.

-Vamos, de nuevo. Dos de tres.

La prueba comenzó de nuevo. Las venas de la frente se le botaron a Farrington y la palidez de la piel de Weathers se volvió tez de peonía. Sus manos y brazos temblaban por el esfuerzo. Después de un largo pulseo Weathers volvió a bajar la mano de su rival, lentamente, hasta tocar la mesa. Hubo un murmullo de aplauso de parte de los espectadores. El dependiente, que estaba de pie detrás de la mesa, movió en asentimiento su roja cabeza hacia el vencedor y dijo en tono confianzudo:

-¡Vaya! ¡Más vale maña!

-¿Y qué carajo sabes tú de esto? -dijo Farrington furioso, cogiéndola con el hombre-. ¿Qué tienes tú que meter tu jeta en esto?

-¡Quietos, quietos! -dijo O'Halloran, observando la violenta expresión de Farrington-. A ponerse con lo suyo, caballeros. Un sorbito y nos vamos.

Un hombre con cara de pocos amigos esperaba en la esquina del puente de O'Connell el tranvía que lo llevaría a su casa. Estaba lleno de rabia contenida y de resentimiento. Se sentía humillado y con ganas de desquitarse; no estaba siquiera borracho; y no tenía más que dos peniques en el bolsillo. Maldijo a todos y a todo. Estaba liquidado en la oficina, había empeñado el reloj y gastado todo el dinero; y ni siquiera se había emborrachado. Empezó a sentir sed de nuevo y deseó regresar a la caldeada cantina. Había perdido su reputación de fuerte, derrotado dos veces por un mozalbete. Se le llenó el corazón de rabia, y cuando pensó en la mujer del sombrerón que se rozó con él y le pidió *¡Perdón!*, su furia casi lo ahogó.

El tranvía lo dejó en Shelbourne Road y enderezó su corpachón por la sombra del muro de las barracas. Odiaba regresar a casa. Cuando entró por el fondo se encontró con la cocina vacía y el fogón de la cocina casi apagado. Gritó por el hueco de la escalera:

-¡Ada! ¡Ada!

Su esposa era una mujercita de cara afilada que maltrataba a su esposo si estaba sobrio y era maltratada por éste si estaba borracho. Tenían cinco hijos. Un niño bajó corriendo las escaleras.

-¿Quién es ése? -dijo el hombre, tratando de ver en la oscuridad.

-Yo, papá.

-¿Quién es yo? ¿Charlie?

-No, papá, Tom.

-¿Dónde se metió tu madre?

-Fue a la iglesia.

-Vaya... ¿Me dejó comida?

-Sí, papá, yo...

-Enciende la luz. ¿Qué es esto de dejar la casa a oscuras? ¿Ya están los otros niños en la cama?

El hombre se sentó pesadamente a la mesa mientras el niño encendía la lámpara. Empezó a imitar la voz blanca de su hijo, diciéndose a media: *A la iglesia. ¡A la iglesia, por favor!* Cuando se encendió la lámpara, dio un puñetazo en la mesa y gritó:

-¿Y mi comida?

-Yo te la voy... a hacer, papá -dijo el niño.

El hombre saltó furioso, apuntando para el fogón.

-¿En esa candela? ¡Dejaste apagar la candela! ¡Te voy a enseñar por lo más sagrado a no hacerlo de nuevo!

Dio un paso hacia la puerta y sacó un bastón de detrás de ella.

-¡Te voy a enseñar a dejar que se apague la candela! -dijo, subiéndose las mangas para dejar libre el brazo.

El niño gritó *Ay, papá* y le dio vueltas a la mesa, corriendo y gimoteando. Pero el hombre le cayó detrás y lo agarró por la ropa. El niño miró a todas partes desesperado pero, al ver que no había escape, se hincó de rodillas.

-¡Vamos a ver si vas a dejar apagar la candela otra vez! -dijo el hombre, golpeándolo salvajemente con el bastón-. ¡Vaya, coge, maldito!

El niño soltó un alarido de dolor cuando el palo le cortó el muslo. Juntó las manos en el aire y su voz tembló de terror.

-¡Ay, papá! -gritaba-. ¡No me pegues, papaíto! Que voy a rezar un padrenuestro por ti ... Voy a rezar un avemaría por ti, papacito, si no me pegas... Voy a rezar un padrenuestro...

FIN

EFEMÉRIDES EN EL COMITÉ

El viejo Jack rastreó las brasas con un pedazo de cartón, las juntó y luego las esparció concienzudamente sobre el domo de carbones. Cuando el domo estuvo bien cubierto su cara quedó en la oscuridad, pero al ponerse a abanicar el fuego una vez más, su sombra ascendió por la pared opuesta y su cara volvió a salir lentamente a la luz. Era una cara vieja, huesuda y con pelos. Los azules ojos húmedos parpadearon ante el fuego y la boca babeada se abrió varias veces, mascullando mecánicamente al cerrarse. Cuando los carbones se volvieron ascuas recostó el cartón a la pared y, suspirando, dijo:

-Mucho mejor así, señor O'Connor.

El señor O'Connor, joven, de cabellos grises y de cara desfigurada por muchos barros y espinillas, acababa de liar un perfecto cilindro de tabaco, pero al hablarle deshizo su trabajo manual,

meditabundo. Luego, volvió a liar su tabaco, meditativo, y después de una reflexión momentánea decidió pasarle la lengua al papel.

-¿Dejó dicho el señor Tierney cuándo regresaría? -preguntó en ronco falsete.

-No, no dijo.

El señor O'Connor se puso el cigarrillo en la boca y empezó a buscar en sus bolsillos. Sacó un mazo de tarjetas de cartulina.

-Le traigo un fósforo -dijo el viejo.

-Déjelo, está bien así -dijo el señor O'Connor. Escogió una de las tarjetas y la leyó:

ELECCIONES MUNICIPALES

Real Sala de Cambio

El señor Richad J. TIERNEY, P. L. G., solicita respetuosamente el favor de su voto y su influencia en las venideras elecciones en la Real Sala de Cambio

El señor O'Connor había sido contratado por un enviado de Tierney para hacer campaña en una zona del electorado, pero, como el clima era inclemente y sus botas se filtraban, se pasaba gran parte del tiempo sentado junto al fuego en el Comité de Barrio de la calle Wicklow, con Jack, el viejo ujier. Ahí estaban sentados desde que el corto día empezó a oscurecer. Era el 6 de octubre, triste y frío a la intemperie.

El señor O'Connor rasgó una tira de la tarjeta y, encendiéndola, prendió el cigarrillo. Al hacerlo, la llama alumbró una oscura y lustrosa hoja de hiedra que llevaba en la solapa. El viejo lo miró atentamente y luego, esgrimiendo de nuevo su cartón, comenzó a abanicar el fuego lentamente mientras su acompañante fumaba.

-Pues sí -continuó-, es difícil saber de qué manera criar a los hijos. ¡Quién iba a saber que me iba a salir así! Lo mandé a los Hermanos Cristianos, hice todo lo que pude por él y ahí lo tiene, hecho un borracho. Traté de hacerlo por lo menos gente.

Desganado, dejó el cartón donde estaba.

-Si yo no fuera ya un viejo lo haría cambiar de melodía. Cogía mi bastón y le aporreaba la espalda a todo lo que da... como hacía antes. Su madre, ya sabe, lo tapa por aquí y por allá...

-Es eso lo que echa a perder a los hijos.

-¡Claro que sí! -dijo el viejo-. Y que no dan ni las gracias, todo se vuelve insolencias. Me levanta la voz cada vez que me ve llevarme un trago a la boca. ¿A dónde vamos a parar cuando los hijos les hablan así a los padres?

-¿Cuántos años tiene él?

-Diecinueve -dijo el viejo.

-¿Por qué no le busca un puesto?

-Pero naturalmente. ¿Cree que he hecho otra cosa desde que este borracho dejó la escuela? No te voy a mantener, le digo. Búscate un trabajo. Pero es peor, claro, cuando tiene trabajo: entonces se bebe el sueldo.

El señor O'Connor movió la cabeza, comprensivo, y el viejo se quedó callado mirando a las llamas. Alguien abrió la puerta y llamó:

-¡Hola! ¿Es éste el mitin de los masones?

-¿Quién, quién es? -preguntó el viejo.

-¿Qué hacen ustedes en esa oscuridad? -preguntó una voz.

-¿Eres tú, Hynes? -preguntó el señor O'Connor.

-Sí. ¿Qué hacen ustedes en esa oscuridad? -dijo el señor Hynes y avanzó hacia la luz de la lumbre.

Era un joven alto, delgado y con un bigote castaño claro. Inminentes gotitas de lluvia le colgaban del ala del sombrero y llevaba el cuello de su abrigo vuelto hacia arriba.

-Bueno, Mat -le dijo al señor O'Connor-, ¿cómo van las cosas?

El señor O'Connor meneó la cabeza. El viejo dejó el hogar y dando tumbos por el cuarto regresó con dos velas que hundió una tras otra entre las llamas, y luego las llevó a la mesa. Una pieza vacía apareció a la vista y la lumbre perdió sus alegres colores. Las paredes estaban desnudas excepto por una copia de un discurso electoral. En medio del cuarto había una mesita cargada de papeles.

El señor Hynes se recostó de la repisa y preguntó:

-¿Ya pagó?

-No, todavía -dijo el señor O'Connor-. Quiera Dios que no nos deje enganchados esta noche.

El señor Hynes rió.

-¡Oh, él te va a pagar! No tengas temor -dijo.

-Espero que se apure, si es que habla en serio -dijo el señor O'Connor.

El viejo regresó a su asiento junto al fuego y dijo:

-No lo ha hecho todavía, pero al menos tiene con qué. No como el otro gitano.

-¿Qué otro gitano? -dijo el señor Hynes.

-Colgan -dijo el viejo con desprecio.

-¿Será porque Colgan es obrero que dices eso? ¿Qué diferencia hay entre un albañil honesto y un tabernero, eh? ¿No tiene el trabajador derecho de estar en la Corporación como todo el mundo...? Pues sí, ¿y más derecho todavía que esos que están siempre sombrero en mano ante cualquier tipo de esos con un ganchito en el nombre? ¿No es así, Mat? -dijo el señor Hynes dirigiéndose al señor O'Connor.

-Creo que tienes razón -dijo el señor O'Connor-. Uno es un hombre honesto sin nada de nalgas mojadas. Sube a representar a la clase obrera. Este tipo para quien trabajamos nada más que quiere coger este puesto o el otro.

-Por supuesto la clase obrera debe ser representada -dijo el viejo.

-El trabajador -dijo el señor Hynes- recibe las patadas, no las monedas. Pero es la clase obrera la que produce. El obrero no anda buscando sinecuras para sus hijos y sobrinos y primos. Los obreros nunca arrastrarían el honor de Dublín por el fango para complacer a un monarca alemán.

-¿Cómo dices? -dijo el viejo.

-Ah, ¿pero tú no sabes que quieren dar un discurso de bienvenida a Eduardo Rex cuando venga el año que viene? ¿Por qué le vamos a hacer genuflexiones a un rey extranjero, a ver?

-Nuestro candidato no votará por ese discurso -dijo el señor O'Connor-. Él va en la boleta nacionalista.

-¿Ah, no? -dijo el señor Hynes-. Espera y verás si lo hace o no lo hace. Lo conozco de lo más bien. Le dicen Dicky Trampas Tierney.

-¡Caramba, tal vez tengas tú razón, Joe! -dijo el señor O'Connor-. De todas maneras, me gustaría verlo entrar acompañado por la divina pastora.

Los tres hombres se quedaron callados. El viejo empezó a recoger más brasas. El señor Hynes se quitó el sombrero, lo sacudió y luego bajó el cuello al abrigo, mostrando al hacerlo una hoja de hiedra en su solapa.

-Si este hombre estuviera vivo -dijo, señalando a la hiedra-, no tendríamos que estar hablando de discursos de bienvenida.

-Eso es verdad -dijo el señor O'Connor.

-Concho, ¡qué tiempos aquellos, Dios mío! -dijo el viejo-. Se palpaba la vida entonces.

El cuarto quedó en silencio de nuevo. En ese momento un ágil hombrecito de nariz mocosa y orejas heladas empujó la puerta. Fue al fuego, rápido, frotándose las manos como si tratara de sacarles chispas.

-Nada de dinero, caballeros -dijo.

-Siéntese aquí, señor Henchy -dijo el viejo, ofreciéndole su silla.

-Oh, ni te muevas, Jack, ni te muevas -dijo el señor Henchy. Saludó, cortés, al señor Hynes y se sentó en la silla que dejó vacante el viejo.

-¿Te ocupaste de la calle Aungier? -preguntó al señor O'Connor.

-Sí -dijo O'Connor, comenzando a buscar la lista en sus bolsillos.

-¿Visitaste a Grimes?

-También.

-Y qué, ¿dónde se pone?

-No promete nada. Me dijo: No pienso decirle a nadie por quién voy a votar. Pero me parece que va a caer del lado de acá.

-¿Cómo así?

-Me preguntó que quiénes serían los candidatos; y yo le dije, le mencioné al padre Burke. Creo que va a dar resultado.

El señor Henchy comenzó a moquear y a frotarse las manos sobre el fuego a toda velocidad. Luego, dijo:

-Por el amor de Dios, Jack, tráenos un poco de carbón. Tiene que quedar un fondo.

El viejo salió del cuarto.

-No anda bien la cosa -dijo el señor Henchy, moviendo la cabeza-. Le pregunté a ese limpiabotas pero lo que dijo es: Oh, pero vamos, señor Henchy, cuando el carro eche a andar no los voy a olvidar, delo por seguro. ¡Mezquino gitano! ¿Cómo iba a ser de otro modo?

-¿Qué te dije, Mat? -dijo el señor Hynes-. Dicky Trampas Tierney.

-Oh, ése más tramposo que nadie -dijo el señor Henchy-. No tiene esos ojitos de maula por gusto. ¡Maldita sea su alma! ¿No le saldría mejor pagarnos que venir con su: Oh, pero vamos, señor Henchy, debo hablar con el señor Fanning... He gastado ya mucho dinero? ¡Limpiabotas estreñido! Supongo que ya se le olvidaron los tiempos en que su padre tenía su tienda de ropa usada en Mary's Lane.

-¿Es cierto eso? -preguntó el señor O'Connor.

-¡Que si es cierto! -dijo el señor Henchy-. ¿Nunca lo oyeron decir? Los parroquianos solían ir los domingos temprano, antes de que abrieran los pubs, a comprarse pantalones y chalecos... ¡moya! Pero el viejo de Dicky Trampas siempre tenía su botellita de trampa en un rincón. ¿Y ahora? Así fue. Ahí vio la luz por vez primera.

El viejo regresó con unos cuantos carbones que puso al fuego aquí y allá.

-Preciosa bienvenida -dijo el señor O'Connor-. ¿Cómo espera que trabajemos para él si no pone de su parte?

-No hay nada que hacer -dijo el señor Henchy-. Espero encontrarme las autoridades competentes con una orden de desahucio cuando vuelva a casa, apostadas a la entrada.

El señor Hynes se rió y, saliendo de entre las repisas de la chimenea con la ayuda de sus hombros, se dispuso a marcharse.

-Todo irá mejor cuando venga Eduardito el reyecito -dijo-. Bueno, caballeros, me marcho por ahora. Los veo luego. Adiosito.

Salió del cuarto lentamente. Ni el señor Henchy ni el viejo dijeron nada, pero, justo cuando se cerraba la puerta, el señor O'Connor, que se quedó mirando al fuego cabizbajo, gritó de pronto:

-¡Adiós, Joe!

El señor Henchy esperó unos minutos y luego movió la cabeza en dirección a la puerta.

-Díganme -dijo desde el otro lado del fuego-, ¿qué trajo al amigo acá? ¿Qué quiere ahora?

-¡Oncho el pobre Joe! -dijo O'Connor arrojando el cigarrillo al fuego-. Está tan necesitado como el resto de nosotros.

El señor Henchy inhaló con fuerza y escupió tan copiosamente que casi apagó el fuego.

Este, en respuesta, respondió silbando.

-Para darle, en toda confianza, mi opinión personal y franca -dijo-, creo que éste está con el otro bando. Para mí que es un espía de Colgan. ¿Por qué no te das una vuelta por allá y averiguas cómo andan? De ti no sospecharán. ¿De acuerdo?

-Nah, el pobre Joe es un tipo decente -dijo el señor O'Connor.

-Su padre era hombre decente y respetable -admitió el señor Henchy-. ¡El pobre Larry Hynes! Mucho bien que hizo en su día. Pero me temo muy mucho que nuestro amigo no es de ley. Comprendo que alguien ande corto, pero lo que no comprendo es un sablista profesional, ¡maldita sea! ¿Es que no queda ya una pizca de decencia en el mundo?

-Yo no le doy precisamente una bienvenida calurosa cuando viene -dijo el viejo-. ¡Que trabaje para la otra gente en vez de andar espiando por acá!

-Yo no sé -dijo el señor O'Connor, dubitativo, mientras sacaba tabaco y papel de liar-. Me parece que Joe Hynes es de ley. Es listo, también, con la pluma. ¿No recuerdan aquello que escribió...?

-Muchos de esos fenianos a mi parecer se pasan de listos -dijo el señor Henchy-. ¿Quiere conocer mi opinión personal y franca sobre muchos de estos payasos? Creo que la mitad de ellos están a sueldo de la Corona.

-¿Cómo saberlo? -dijo el viejo.

-Oh, pero yo lo sé de buena tinta -dijo el señor Henchy-. Son turiferarios de la Corona... No digo que Hynes... No, diantres, ése está unas pulgadas por encima de todo eso... Pero hay cierto noblecito bizco... ¿saben al patriota que me refiero?

El señor O'Connor asintió.

-Ahí tienen a un descendiente directo de Judas si quieren uno. ¡Qué vida la del patriota! Ahí tienen a un tipo capaz de vender su país por tres peniques, sí, señor, y capaz al mismo tiempo de hincarse de rodillas y dar gracias a Dios Todopoderoso por tener un país que vender.

Llamaron a la puerta.

-Entre -dijo el señor Henchy.

Un personaje que parecía un clérigo pobre -o un actor pobre- apareció en la puerta. Con sus ropas negras ceñidamente abotonadas al corto cuerpo era imposible decir si llevaba gollete o cuello

laico, porque las solapas de su desaliñado saco -cuyos botones raídos reflejaban la luz de las velas- estaban vueltas alrededor del pescuezo. Llevaba un sombrero hongo de fieltro negro.

Su cara, brillosa por el agua, tenía la apariencia de un queso lechoso, salvo donde dos manchones rosados indicaban los pómulos. Abrió su enorme boca de pronto para expresar decepción y al mismo tiempo agrandó sus ojos azules para indicar placer por la sorpresa.

-¡Ah, padre Keon! -dijo el señor Henchy, dejando su silla de un salto-. ¿Es usted? ¡Pase, pase!

-¡Oh, no, no, no! -dijo el padre Keon rápido, frunciendo sus labios como si se dirigiera a un niño.

-¿No quiere pasar y sentarse?

-¡No, no, no! -dijo el padre Keon, a la vez indulgente y discreto, hablando con voz velada-. ¡No quiero molestar! Ando buscando al señor Fanning.

-Anda por el Águila Negra -dijo el señor Henchy-. Pero, ¿no quiere usted entrar y sentarse un minuto?

-No, no, gracias. Era por un asuntito de negocios -dijo el padre Keon-. Gracias, de veras...

Se retiró de la puerta y el señor Henchy, tomando una de las velas, fue hacia allá a alumbrarle las escaleras.

-¡Oh, no se moleste, se lo ruego!

-No, es que la escalera está tan oscura.

-No, no, si puedo ver... De veras, gracias.

-¿Está bien así?

-Está bien, sí... gracias... Gracias.

El señor Henchy regresó con la vela y la dejó en la mesa. De nuevo se sentó al fuego. Se hizo el silencio por unos minutos.

-Dime, John -dijo el señor O'Connor, encendiendo su cigarrillo con otra cartulina.

-¿Ajá?

-¿Qué es lo que es este tipo exactamente?

-Pregúntame una más fácil -dijo el señor Henchy.

-Él y Fanning parecen ser uña y carne. A menudo están juntos en Kavanagh. ¿Es cura o qué?

-Ajá... sí, creo... Me parece que es lo que se conoce como oveja negra. ¡Gracias a Dios que no tenemos muchas como esas! Aunque sí unas cuantas... Es una suerte de hombre sin suerte...

-¿Y cómo se las arregla? -preguntó el señor O'Connor.

-Ese es otro misterio.

-¿Pertenece a alguna capilla, iglesia o institución?

-No -dijo el señor Henchy-, creo que viaja por su cuenta... Que Dios me perdone -añadió-, pero creí que era nuestra docena de negras.

-¿Habrá por casualidad algo que tomar? -preguntó el señor O'Connor.

-Yo también me he quedado seco -dijo el viejo. -Tres veces le pedí a ese pichón de limpiabotas -dijo el señor Henchy-, si iba a mandarnos a subir una docena de negras aquí o no. Se lo iba a volver a pedir ahorita, pero estaba recostado al mostrador en mangas de camisa en sesuda reunión con el concejal Cowley.

-¿Y por qué no se lo recordaste? -dijo el señor O'Connor.

-Bueno, no iba yo a acercarme cuando hablaba al concejal Cowley. Esperé hasta que nos cruzamos las miradas y le dije: "Acerca de ese asuntito de que le hablé..." "Será resuelto", el señor H, me dijo. ¡Por Yerra, que ese mequetrefe se olvidó por completo!

-Ahí se estaba cocinando algo -dijo el señor O'Connor, meditativo-. Los vi a los tres ayer en la esquina de calle Suffolk.

-Me parece que sé lo que se traen -dijo el señor Henchy-. Hay que quedarle debiendo plata a los ediles si quieres llegar a Alcalde. Es así como te hacen Alcalde. ¡Dios! Estoy pensando en serio en hacerme prócer yo también. ¿Qué les parece? ¿Serviría yo para el cargo?

El señor O'Connor se río.

-Si se trata de deberle dinero a alguien...

-Salir en coche de Mansion House -dijo el señor Henchy-, empavesado, con Jack aquí de pie detrás de mí con su peluca empolvada, ¿eh?

-Nómbrame tu secretario particular, John.

-Sí, y nombraré al padre Keon mi capellán particular. Tendremos una fiestecita familiar.

-A fe mía, señor Henchy -dijo el viejo-, usted tendría más estilo que muchos de ellos. Hablaba yo con el viejo Keegan, el portero del ayuntamiento. "¿Y qué tal el nuevo jefe, Pat?", le dije. "¿No hay mucho movimiento ahora?", le dije. "¡Movimiento!", me dijo. "¡Ese es capaz de vivir del aire que da un abanico!" ¿Y saben lo que me dijo? Por lo más sagrado que me negué a creerlo.

-¿Qué? -dijeron los señores Henchy y O'Connor.

-Me dijo: "¿Qué pensarías tú de un Alcalde de Dublín que manda a buscar una libra de costillas para el almuerzo? La gran vida; ¿no?," me dijo. "¡Vaya, vaya!", le dije yo. "Una libra de costillas", me dijo él. "Hacer venir una libra de costillas a Mansion House. ¡Vaya!", le dije yo, "¿con qué clase de gentuza tendremos que convivir ahora?"

En ese punto llamaron a la puerta y un muchacho metió la cabeza.

-¿Qué? -dijo el viejo.

-Del Águila Negra -dijo el muchacho, entrando y dejando una cesta sobre el piso con un ruido de botellas.

El viejo ayudó al muchacho a trasladar las botellas de la cesta a la mesa y contó el botín. Cuando terminó, el muchacho se echó la cesta al brazo y preguntó:

-¿Y las botellas?

-¿Qué botellas? -dijo el viejo.

-¿Es que no van a dejarnos beberlas antes? -dijo el señor. Henchy.

-Me dijeron que reclamara las botellas.

-Vuelve mañana -dijo el viejo.

-¡Oye, chico! -dijo el señor Henchy-, ¿querrías ir corriendo a casa de O'Farrell a pedirle que nos preste un tirabuzón? Di que de parte del señor Henchy. Dile que se lo devolvemos al minuto. Deja aquí la cesta.

El muchacho salió y el señor Henchy comenzó a frotarse las manos alegremente, diciendo:

-¡Ah, bueno, no es tan malo el tipo después de todo! Por lo menos tiene palabra.

-No hay vasos -dijo el viejo.

-No te preocupes por eso, Jack -dijo el señor Henchy-, que mejores gentes que tú han bebido a pico antes.

-De todas formas, es mejor que nada -dijo el señor O'Connor.

-No es mala gente -dijo el señor Henchy-. Lo que ocurre es que Fanning lo tiene cogido. Para que vean, él tiene buenas intenciones a su manera.

El muchacho regresó con el sacacorchos. El viejo abrió tres botellas y le devolvía el sacacorchos cuando el señor Henchy le preguntó al muchacho:

-Chico, ¿quieres un trago?

-Si le parece bien, señor -dijo el muchacho.

El viejo abrió otra botella a regañadientes y se la dio al muchacho.

-¿Qué edad tienes? -le preguntó.

-Diecisiete -dijo el muchacho.

Como el viejo no dijo nada más, el muchacho cogió la botella y dijo: "Con mis mejores respetos, señor. A la salud del señor Henchy", bebió el contenido, puso la botella en la mesa y se secó la boca con la manga. Luego, recogió el sacacorchos y salió de lado, murmurando una especie de despedida.

-Así se empieza -dijo el viejo.

-No hay peor cuña -dijo el señor Henchy.

El viejo repartió las botellas que había abierto y los hombres bebieron de ellas, simultáneos. Después de beberlas, cada uno colocó su botella en la repisa al alcance de la mano y todos soltaron suspiros satisfechos.

-Bueno, tuve un buen día de trabajo hoy -dijo el señor Henchy, después de una pausa.

-¿Es cierto, John?

-Pues sí. Le conseguimos, Crofton y yo, uno o dos de seguros en la calle Dawson. Que quede entre nosotros, naturalmente, pero Crofton (un tipo decente, claro) no vale una moneda como sargento político. No sabe hablar a la gente. Se para y se pone a mirar mientras yo soy el que da la perorata.

Entraron dos personas. Una de ellas era un hombre muy gordo, cuyas ropas de sarga azul parecían correr peligro de caer de su encorvada figura. Tenía una cara grande, parecida a la jeta de un buey joven en su expresión, fijos ojos azules y un bigote canoso. El otro hombre era mucho más joven y más frágil, tenía una cara flaca, bien afeitada. Llevaba un doble cuello muy alto y un bombín de alas anchas.

-¡Hola, Crofton! -dijo el señor Henchy al gordo-. Hablando del rey de Roma...

-¿De dónde viene esa bebida? -preguntó el joven-. ¿Parió la vaca?

-¡Oh, sí, claro, Lyons ve primero el trago! -dijo el señor O'Connor, riendo.

-¿Así sargentean ustedes, gente? -dijo el señor Lyons-. Y Crofton y yo a la intemperie buscando votos...

-Maldita sea tu alma, hombre -dijo el señor Henchy-, ¡que yo consigo más votos en cinco minutos que ustedes dos en una semana!

-Abre dos botellas, Jack -dijo el señor O'Connor.

-¿Cómo? -dijo el viejo-. ¿Sin tirabuzón?

-Esperen, esperen -dijo el señor Henchy levantándose rápidamente-. ¿Han visto ustedes este truco antes?

Tomó dos botellas de la mesa y, llevándolas al fuego, las puso en el antehogar. Luego se sentó de nuevo al fuego y bebió otro trago de su botella. El señor Lyons se sentó al borde de la mesa, empujó su sombrero hacia atrás y comenzó a mover las piernas.

-¿Cuál es mi botella? -preguntó.

-Esta, joven -dijo el señor Henchy.

El señor Crofton se sentó sobre una caja a mirar fijamente la otra botella en el repecho. Se mantenía callado por dos razones. La primera era que no tenía nada que decir; la segunda que consideraba a su compañía inferior. Había sido sargento político de Wilkins, el conservador, pero cuando los conservadores retiraron su candidato, y, escogiendo el mal menor, dieron su apoyo al candidato nacionalista, lo contrataron para trabajar por Tierney.

En unos minutos se oyó un apologético ¡pok! del corcho que salía disparado de la botella de el señor Lyons, quien saltó de la mesa, fue hasta el fuego, cogió su botella y volvió de nuevo a la mesa.

-Les estaba contando, Crofton -dijo el señor Henchy-, que conseguimos unos cuantos buenos votos hoy.

-¿A quiénes consiguieron? -preguntó el señor Lyons.

-Bueno, en primer lugar a Parkes y a Atkinson en segundo lugar, y conseguí a Ward, el de la calle Dawson. Buena gente: ¡viejo votante conservador, viejo afiliado! "¿Pero, no es el candidato de ustedes un nacionalista?", me dijo. "Es un hombre respetable", le dije. "Un hombre", le dije yo, "que está en favor de todo lo que beneficie al país. Es un gran contribuyente", le dije yo. "Posee extensas propiedades en la ciudad y tres negocios, ¿no cree usted que le conviene mantener bajos los impuestos municipales? Es un ciudadano prominente, respetado", le dije yo, "de los Guardianes de las Leyes del Pobre y no pertenece a ningún partido, bueno, malo o regular". Así es como hay que hablarle a esta gente.

-¿Y qué hubo del discurso de bienvenida al Rey? -dijo el señor Lyons, después de beber y chasquear los labios.

-Oye lo que te voy a decir -dijo el señor Henchy-. Lo que queremos nosotros en este país, como le dije al viejo Ward, es capitales. La visita del Rey aquí significaría una tremenda infusión de dinero para el país. Los ciudadanos de Dublín saldrán beneficiados. Mira a todas esas fábricas de los muelles cómo están, paradas. Piensen en todo el dinero que habría en este país si pusiéramos a funcionar las viejas industrias, los telares, los astilleros y las fábricas. Son inversiones lo que necesitamos.

-Pero mira, John -dijo el señor O'Connor-. ¿Por qué vamos a tener que darle la bienvenida al Rey de Inglaterra? ¿No fue el mismo Parnell quien...?

-Parnell -dijo el señor Henchy- está muerto. Ahora bien, yo lo veo así. Aquí tienen ustedes a este muchacho que llega al trono después que su madre lo dejó esperando hasta que le salieron canas. Es un hombre de mundo y quiere hacerlo bien, en favor nuestro. Es un tipo que está muy bien, que es decente, si alguien me pregunta, y que va directo al grano. Se dijo a sí mismo: La vieja nunca fue a ver a estos locos irlandeses. Y por Cristo, que iré yo mismo a ver cómo son. ¿Y vamos nosotros a insultar a este hombre cuando viene aquí en visita amistosa? ¿Eh? ¿No es así, Crofton?

El señor Crofton asintió.

-Pero después de todo -dijo el señor Lyons, argumentativo-, la vida del rey Eduardo, como saben, no es precisamente...

-Lo pasado al pasado -dijo el señor Henchy-. Yo personalmente admiro a este hombre. Es una persona corriente como tú y como yo. Le gusta su vaso de grog y es un poco libertino y un buen deportista. ¡Diantres! ¿Es que los irlandeses no sabemos ser justos?

-Todo eso está muy bien -dijo el señor Lyons-. Pero mira el caso de Parnell.

-Por el amor de Dios -dijo el señor Henchy-, ¿dónde está la analogía entre ambos casos?

-Lo que yo quiero decir -dijo el señor Lyons- es que nosotros tenemos ideales. ¿Por qué tenemos que darle la bienvenida a un hombre así? ¿Puedes creer ahora que después que Parnell hizo

lo que hizo estaba capacitado para dirigimos? Entonces, ¿por qué tenemos que celebrar a Eduardo Séptimo?

-Es el aniversario de Parnell -dijo el señor O'Connor-, y no nos pongamos a hacernos mala sangre. Todos lo respetamos ahora que está muerto y enterrado, hasta los conservadores -añadió, volviéndose a el señor Crofton.

¡Pok! El demorado corcho saltó fuera de la botella del señor Crofton. El señor Crofton se levantó de su caja y fue hasta el fuego. Cuando regresó con su presa dijo con voz de bajo:

-Nuestra ala del cabildo lo respeta porque fue un caballero.

-¡Tienes toda la razón, Crofton! -dijo el señor Henchy con fiereza-. Era el único que podía poner orden en esta olla de grillos. ¡Abajo, perros! ¡Tranquilos ustedes, satos! Así es como los trataba. ¡Entra, Joe! ¡Entra! -llamó al atisbar a el señor Hynes en la puerta.

El señor Hynes entró despacio.

-Abre otra botella, Jack -dijo el señor Henchy-. ¡Oh, me olvidé de que no hay sacacorchos! ¡Mira, dame acá una que te la pongo a la candela!

El viejo le alargó otra botella y él la colocó sobre el antehogar.

-Siéntate, Joe -dijo el señor O'Connor-, que estamos hablando del Jefe.

-¡Sí, sí! -dijo el señor Henchy.

Eel señor Hynes se sentó en el borde de la mesa cerca del señor Lyons, pero no dijo una palabra.

-Aquí tienen a uno que, por lo menos -dijo el señor Henchy- no renegó de él. ¡Por Dios que sí, Joe, que eso sí se puede decir de ti! ¡Por el cielo que le fuiste fiel como un solo hombre!

-¡Ah, Joe! -dijo el señor O'Connor de repente-. Dinos esa cosa que escribiste, ¿te acuerdas? ¿La traes arriba?

-¡Oh, sí, sí! -dijo el señor Henchy-. Recítalo. ¿Has oído esto alguna vez, Crofton? Óyelo ahora, que es estupendo.

-¡Vamos! -dijo el señor O'Connor-. ¡Lárgalo, Joe!

De momento, el señor Hynes no pareció recordar la pieza a que se referían, pero después de una breve reflexión, dijo:

-Oh, eso es cosa... ¡Por supuesto, eso es ropa vieja para este tiempo!

-¡Sácala para afuera, hombre! -dijo el señor O'Connor.

- Ch, ch –dijo el señor Henchy-. ¡Arriba Joe!

El señor Hynes dudó un tanto más. Luego, en medio del silencio, se quitó el sombrero, lo dejó en la mesa y se puso de pie. Parecía estar ensayando la pieza en la mente. Después de una pausa larga anunció:

LA MUERTE DE PARNELL

6 de Octubre de 1891

Se aclaró la voz una o dos veces y luego comenzó a recitar:

Ha muerto. Nuestro rey sin corona
Ha muerto. ¡Oh, Erín, sufre y llora!
Padece porque aquí yace difunto
Al que difamó este hipócrita mundo.
Yace muerto por los cobardes perros
Que a la gloria elevara del cieno,
Y las ansias de Erín y sus anhelos
Perecieron con él bajo su cielo.
En los palacios, casas o cabañas:
Doquiera está, el corazón de Irlanda
Aparece sumido en duelo.
Se ha ido Aquel que forjaría nuestro destino.
Habría dado a ésta su Erín la fama,
Su bandera verde al viento soberana,
Y a sus bardos, guerreros y estadistas,
Del mundo todo cantarían los artistas.
Soñó (¡ay, sí: fue todo sólo sueño!)
Con la libertad, pero mientras luchaba
Por coger ese ídolo con sus dedos,
La traición de un solo golpe lo acababa.
Desprecia a las cobardes, viles manos
Que ahogaron al Señor o con un beso
Lo entregaron a una turba de malos
Sacerdotes: no eran sus amigos, esos.
¡Que la vergüenza eterna depararan
Los cielos a aquellos que trataran
De envilecer y manchar el nombre
del que fue entre los hombres, hombre!
Cayó como caen los todopoderosos:
Noblemente inmaculado hasta el fin.
Ahora la muerte lo reúne gozoso
Con los héroes del pasado de Erín.

Librodot

¡Ni un ruido de lucha turbe ahora su sueño!
Descansa en paz: ningún humano empeño
O alta ambición que espolee su memoria
Para alcanzar las cumbres de la gloria.
Lo rebajaron: se salieron con la suya
Pero, oye, Erín -o mejor, sí: escucha:-
Su espíritu se alzará de entre las llamas
Como el Fénix, como esa aurora soberana
Que alumbrará el día que nos devuelva
El imperio de la libertad. Que vuelva
Ese día y Erín elevará su copa por aquel
Que es de nos dolor y alegría: ¡Parnell!

El señor Hynes se sentó de nuevo sobre la mesa. Cuando terminó de recitar hubo un silencio y luego un estallido de aplausos: hasta el señor Lyons aplaudió. Los aplausos continuaron por corto tiempo. Cuando terminaron, los espectadores bebieron todos de sus botellas en silencio.

¡Pok! El corcho salió volando de la botella del señor Hynes, pero el señor Hynes permaneció en la mesa, la cara enrojecida y la cabeza desnuda. No parecía que hubiera oído aquella invitación.

-¡Bravo, Joe, hombre! -dijo el señor O'Connor, sacando papel de liar y su tabaco para ocultar mejor su emoción.

-¿Qué te ha parecido eso, Crofton? -gritó el señor Henchy-. ¿Es bueno o no es bueno?

El señor Crofton dijo que era una fina pieza literaria.

FIN